

2

INSTITUTO DE FILOSOFIA

**boletín
filosófico**



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL NORDESTE

FACULTAD DE HUMANIDADES

NOVIEMBRE 1971

Es ya un lugar común afirmar que estamos viviendo una de las etapas más críticas de la historia, en la que muere un mundo y nace otro. Es ésta una realidad mundial, a la que ningún país escapa, pero cada pueblo, cada región, tiene una manera de vivirla, haciendo frente a los problemas que le son propios.

En semejantes momentos, los pensadores suelen sentir la tentación de evadirse de la realidad que se les presenta de una manera tan agresiva, cultivando el arte por el arte o el saber por el saber mismo.

Entendemos que semejante tentación debe ser vencida. Nunca como entonces es necesario que quienes se dedican de manera especial al pensamiento, traten de afincarse en la realidad para iluminarla.

Por ello, en este segundo número, queremos inaugurar una nueva etapa que esté signada por una meditación filosófica con más arraigo en nuestros problemas nacionales y continentales, y que sirva fundamentalmente para los alumnos de nuestras cátedras.

Conscientes de nuestras limitaciones, no pretendemos otra cosa que desbrozar un poco el camino para que ellos se sientan incitados a abordar los problemas filosóficos como una manera de hacer luz en su propio compromiso con el medio.

El Cuerpo de Profesores del
Instituto de Filosofía

OBJETO Y PRESENCIA

(A propósito del pensamiento de Gabriel Marcel)

Martha B. Bardaro

Gabriel Marcel, hombre de profunda sensibilidad artística, es tal vez uno de los pensadores que con mayor profundidad ha tratado de encontrar la inagotable riqueza del ser haciendo hincapié en la experiencia cotidiana, a la que trató de iluminar mediante la descripción fenomenológica para descubrir el sentido ontológico contenido en ella. Una de esas experiencias iluminadoras - sobre la que vuelve en casi todas las obras, tanto filosóficas como de teatro - es la del encuentro interpersonal. En el pensamiento marceliano este término está estrechamente ligado a las nociones de persona y de misterio, a las que da una significación muy especial que por cierto se ha hecho casi clásica en el lenguaje filosófico.

Aquí queremos destacar una limitación que nos parece advertir en el pensamiento de Marcel en lo que hace a su distinción tajante entre Objeto y Presencia (1), que en última instancia puede equipararse a la existente entre Problema y Misterio.

Si bien es suficientemente conocida la filosofía de Marcel, aunque sea discutido para algunos que se trate realmente de filosofía y no más bien de poesía, trataremos de exponerla breve pero fielmente, acudiendo a sus textos más representativos, en lo que atañe a su noción del hombre como persona, al ser-persona como categoría que se conquista, a la realidad problemática y al ámbito del misterio. A partir de allí trataremos de demostrar que Marcel cae, a pesar suyo, en la abstracción y en el estatismo; que su persona es un ente desarraigado; que su compromiso no pasa de ser una tendencia profundamente querida pero en última instancia frustrada.

En todo filósofo hay una intuición básica, central, que obra a modo de llave descifradora en sus relaciones con el mundo, sea éste natural, cultural o humano. En el caso de Descartes, por ejemplo, esa noción indubitable es la del "cogito". Marcel arranca en cambio de una vivencia más radical y profunda: "Ich erlebe", yo siento, yo existo (2), pero lo hace po-

(1) Cfr. Marcel. Existencia y Objetividad. Bs. As., Losada, 1956. Trad. de Rovira Armengol.

(2) Marcel, G. Filosofía Concreta. Trad. de Alberto Gil Novales. Madrid, Rev. de Occidente, 19 . p. 27 - p. 190.

niendo el acento en el verbo y no en el sujeto de la afirmación, porque existir es ser en el mundo, sentir al mundo y proyectarse hacia él. Es radical apertura que excluye todo posible enfrentamiento entre el yo y el no-yo.

En esa situación fundamental que es mi existir, mi presencia en el mundo se da como cuerpo. Lo propio de mi ser es el hecho de ser encarnado. Los otros también se me manifiestan como cuerpos. Es bien conocida la hondura con que Marcel aborda la actitud del hombre con respecto a su cuerpo. Lo dejamos de lado en cuanto no hace al tema específico de este trabajo. En lo que respecta a aquellos temas contenidos en el pensamiento marceliano que nos interesen comentar, los desarrollaremos teniendo presente que resulta un tanto obvio por cuanto son ampliamente conocidos, y por otra parte con la preocupación de que toda exposición del rico pensamiento del filósofo francés lo empequeñece y lo limita. Sin embargo, se hace necesario aunque más no sea un breve comentario que nos sirva de punto de apoyo para lo que queremos demostrar.

Mi cuerpo es el punto de referencia de mi ser-en-el-mundo. En ese mi estar en el mundo, se me hacen patentes los otros. Esos otros pueden revelarse como presencias o bien como objetividades. En el primer caso, se entabla entre él (tú) y yo un lazo esencial. Es el ámbito inter-subjetivo del nosotros que rompe máscaras y límites. Es el encuentro creador y reunificador de mi ser más íntimo. El encuentro de presencias - y no puede ser más que de ellas - es el lugar de la mutua creación interior, de la plenificación y de la impresión de estar en camino hacia más-ser.

Pero como resulta evidente en las relaciones cotidianas, yo puedo captar al otro exactamente como otro, es decir, como objeto; y entonces no hay creación ni en mí ni en él. La relación aquí no es de yo a tú sino de yo a él, él prescindible, indiferente, gris, sobre el cual puedo formular un juicio de valor. Marcel propone una cuidadosa distinción de lo que entiende por objeto. Nos detendremos un poco en ella ya que constituye en cierto modo el núcleo central del problema que nos preocupa.

Dejemos hablar a Marcel:

"hagamos notar, en primer lugar, que el objeto no puede concebirse por mí como 'algo con lo cual estoy en comunicación'". (Existencia y Objetividad, p. 316).

El objeto es "aquello de lo que yo hablo con un cierto interlocutor real o ideal: es tercero con respecto a cierto discurso que sostengo con X ... y que versa sobre él". (E. y O. p. 316).

Objeto es lo que no cuenta conmigo, aquello para lo cual yo no cuento". "Es nota esencial del mismo el hecho de no ser susceptible de responderme" (Filosofía Concreta, p. 44).

"... entendemos por él una cosa poseída, susceptible de formar parte de una colección..." (F.C., pp. 54-55)

"... en la vida, ... tiendo yo mismo a comportarme demasiado a menudo como coleccionista". (F.C. p. 86)

"Cuando yo determino a otro como él, lo trato como esencialmente ausente; es su ausencia lo que me permite objetivarlo (subrayado nuestro), razonar sobre él como sobre una naturaleza o una esencia dada". (F.C., p. 45).

"Es cierto que puedo considerar a tal persona como un mineral del que me será posible extraer tal parcela de material utilizable. El resto no es para mí más que desecho; lo dejo". (F.C., p. 87).

"El otro llega a ser la idea del otro (subrayado nuestro), y la idea del otro no es ya otro en tanto que otro, es el otro en tanto que referido a mí, desmontado, desarticulado o en curso de desarticulación" (F.C., p. 87. Ver también: E. et Avoir, p. 155).

"Cosa notable, cuanto más exterior a mi interlocutor, tanto más al mismo tiempo y en la misma medida soy exterior a mí mismo". (F.C., p. 45)

Objeto es pues, un determinado tipo de realidad, y a la vez indica una cierta actitud interior frente a la misma. Objeto es todo aquello que me enfrenta, que no me incluye. Es la realidad problemática, verificable, y por ende susceptible de ser tratada como una magnitud mensurable.

Pero a la vez es la realidad frente a la cual yo no me abro, frente a la cual yo mantengo mi dimensión de sujeto enfrentante, como única forma de apertura. Esto explica que pueda tratar al otro ser humano como a un objeto, siendo que esencialmente eso significa desjerarquizarlo. Lo que interesa destacar por ahora es que, dentro del pensamiento marceliano, al objetivar al otro lo convierto en una cosa, lo reduzco al ámbito problemático. Lo reduzco porque lo considero en lo que tiene: simpatía o antipatía, virtudes o vicios, capacidades o deficiencias.

Esta suerte de inventario preciso de sus condiciones me permite formar una idea de él. Esta idea es una especie de síntesis de sus cualidades y defectos más notorios. Es una suerte de estampilla o sello que coloco mentalmente sobre él y que, convenientemente archivada en mi mente, me permite aprovechar sus posibles cualidades para la mayor eficacia de la acción en la que está desempeñándose. Estamos aquí frente a una relación yo-objeto que es impersonal y no-creadora. Tiende a ser asfixiante. Ese otro que se me enfrenta, es realmente otro, es decir, alguien que no es yo; un ser extraño a mi mismidad más profunda. Es una máscara ante la cual yo conservo mi propia máscara. Veo de él lo que ve todo el mundo, o a lo sumo, si poseo un poco más de intuición y clarividencia puedo encontrarle virtudes o defectos que los demás no han captado. Pero en suma no lo descubro en lo que es. Faltaría para ello esa actitud del espíritu que Marcel llama "disponibilidad" que me hace "estar realmente con él" (además de ser-con-él), para posibilitar su "estar conmigo".

En abierta y radical oposición con esta actitud y con este tipo de realidad, nos encontramos con la presencia. Nuevamente escuchamos a Marcel:

"La presencia es misterio en la medida misma en que es presencia". (El Misterio Ontológico, p. 74).

"Es un hecho de experiencia irrecusable... que hay ciertos seres que se nos revelan como presentes, es decir, como disponibles, cuando sufrimos, cuando tenemos necesidad de confiarnos a ellos..." (El M.O., p. 78).

"La presencia envuelve una reciprocidad que sin duda excluye toda relación de sujeto a sujeto-objeto". (M.O., p. 78).

La existencia, el modo de ser del hombre, está en el ámbito del misterio.

"Nada hay en la existencia que sea problemático" (Existencia y Objetividad, p. 310).

"La existencia propiamente dicha es incarterizable. Y esto quiere decir,

no que sea indeterminada, sino que el espíritu no puede sin contradicción adoptar frente a ella la actitud requerida para caracterizar algo". (Existencia y Objetividad, p. 319).

En la medida en que yo me comunico realmente con el otro, éste cesa de ser un él indiferenciado; anónimo, reemplazable.

"... se crea una unidad en la que el otro y yo somos nosotros, lo que equivale a decir que él cesa por lo tanto de ser él para llegar a ser tú; las palabras 'tú también' cobran aquí un valor completamente esencial". (Filosofía Concreta, p. 45).

"... cesa de estar inserto entre yo y mí mismo; este mí mismo con quien yo estaba coaligado para examinarlo, para juzgarlo..." (F.C., p. 45-46).

"... en lugar de defenderme de otro, me abro a él y me vuelvo de alguna manera penetrable, en la misma medida en que llego a ser yo mismo penetrable para él". (F.C., p. 46).

"... el término respuesta debería ser reservado a la reacción totalmente interior que suscita la llamada". "... de manera bastante misteriosa, la llamada nos restituye a nosotros mismos". (F.C., p. 65-66).

"... recibir no es en absoluto llenar un vacío con una presencia extraña, sino hacer participar a otro de una determinada plenitud". (F.C., p. 40).

"... el ser a quien yo amo no tiene cualidades para mí; lo tomo como una totalidad, y por eso es refractario a la predicación". (D.M., p. 161).

"La idea, cuando no es más que idea de, debe concebirse sin la menor duda como aislada, como cortada de su objeto .. Pero habrá que mostrar que invocar un ser es otra cosa, es más que pensar en él". "La invocación no parece que pueda ser eficaz sino donde haya comunidad." (D.M., p. 173).

Mientras frente al objeto yo mantengo una actitud espectacular, lo que caracteriza a la presencia puede decirse que es fundamentalmente mi actitud participante. No puedo de ninguna manera estar frente a una presencia; ella es intersubjetiva y por ende misteriosa. No está ni dentro ni fuera de mí, sino que me incluye trascendiéndome. Cuando la presencia se manifiesta, ya no podemos hablar legítimamente de yo y no-yo sino de nosotros. Ante la presencia mis barreras se derrumban, porque el tú a diferencia del él, es exigente. Exige mi presencia para manifestarse a su vez.

Cuando hablamos de presencia no tenemos en la mente sólo al encuentro personal en el que ella se manifiesta, sino que también nos podemos referir a la presencia del mundo y de Dios. Hay una presencia del mundo que se abre a nosotros, y ella es tal vez la que se patentiza en la obra de arte. Hay una presencia de Dios que se hace diálogo en la oración, pero a partir de aquí nos referiremos exclusivamente al encuentro personal que es el que nos interesa para lo que sigue.

Detengámonos pues en lo que llamamos diálogo o comunicación existencial. Este tema, además de haber sido tratado con exceso, tiene el riesgo de conducir a quien lo describe a una retórica poco profunda. Tratando de evitarla nos ceñiremos al pensamiento de Marcel y daremos algunas notas básicas del encuentro tal como él lo caracteriza.

Con el encuentro tengo una clara vivencia de lo que es esa realidad llamada "misterio". Hay una radical apertura que posibilita el diálogo. Hay una búsqueda intensa del otro, que evidentemente ya no es otro sino tú. El

hombre es el eterno peregrino que va a la búsqueda de su ser, puesto que propiamente no es, sino que va siendo. En ese camino, largo y difícil hacia su realización personal, no está solo. Está en un mundo con otros, y no podrá por lo tanto crearse en aislamiento. La existencia humana es en realidad co-existencia, es ser-con-otro. Sentirse con otro es verse tal como uno es, totalmente, en presencia del amigo y es al mismo tiempo ver al tú al desnudo y sin máscaras que lo oculten. Es entrar en la dimensión del amor signada por el doble juego del dar y recibir. Dar y Recibir. ¿Cuál es el sentido original que asigna Marcel a estas dos palabras tan usadas? Yo puedo dar un objeto, dar un saludo, dar un consejo, mi tiempo y mi paciencia para escuchar al otro. Puedo incluso darle mi lástima. Pero ese no es el dar de la comunicación. Allá doy lo que tengo, y siempre queda un espacio entre lo que soy y lo que doy. Lo que acá vale en cambio es el darme. Yo me doy en cuanto soy y tal como soy. Al dar mi mundo al mismo tiempo recibo el del otro, puesto que en definitiva dar se es hacerse disponible para que el otro pueda entrar en nosotros. Al entrar en nosotros lo recibimos. ¿Qué es recibir? No lo entendamos al modo de la cera que recibe un molde, una forma. La cera permanece pasiva, sin aportar nada. Entendámoslo más bien como quien recibe a alguien en su hogar. El hogar es un espacio cualificado, cargado de contenido, no es simplemente un conjunto de paredes y muebles, es algo más. Es cierta plenitud dada por el diario vivir en él. Recibir es justamente permitir al otro participar de esa cierta plenitud que hay en nosotros. Es darle entrada en nuestro mundo y entrar en el suyo. Es responder al profundo llamado que nos viene de su ser y llamarlo para que responda al nuestro. Es estar-con-él. En el encuentro, pues, yo me abro al otro en tanto presencia. Lo recibo no en lo que tiene sino en lo que es: un ser único, absolutamente original e irrepetible. Por eso es que no puedo aplicarle ningún sello o etiqueta. Todas le quedan estrechas. La etiqueta condensa en cierto modo lo que él tiene, pero ocurre que acá eso no cuenta. En la medida en que puedo juzgarlo, es decir, pensarlo como él, lo estoy objetivando. Al objetivarlo lo estoy convirtiendo en cosa. Lo estoy desjerarquizando y en última instancia destruyendo.

El fin del encuentro interpersonal es siempre el tú. Mi exigencia está dirigida a liberar y actualizar todas sus posibilidades valiosas. Tiene de a crear en él la inquietud que lo impulse a la búsqueda y a la realización

Ahora bien, en ¿qué condiciones puede darse el encuentro? No creemos desvirtuar el pensamiento de Marcel si afirmamos que yo descubro al otro como tú en la medida en que esté en camino hacia la persona. Ser persona es punto de llegada más que punto de partida. Es actuar y reconocerse en sus actos. Nos detendremos un poco en desmenuzar el sentido que da Marcel a persona y acto porque ambas nociones están muy ligadas a la de compromiso, en la que justamente queremos destacar algunas implicaciones.

"... la idea de acto ha sido arrastrada como a remolque de la de revolución, de la que diré que, ... es por esencia incluso impura y que contamina a todas las que le son adyacentes". (F.C., 121).

"... pertenece a la esencia del acto cambiar efectivamente... una determinada situación a la que se aplica", pero "hay, en el acto, algo más que el simple hecho de acaecer" (F.C., p. 122-123).

"El paso al acto es justamente el hecho de franquear el umbral que separa la región que está más acá del sí y del no, o también la región en que el sí y el no se embrollan, de aquella en que se separan y se oponen" (F.C., p. 123).

"La realidad del acto no se agota de ninguna manera en la aparente conclusión del hacer" (F.C., p. 123).

"... lo propio de mi acto es poder ser ulteriormente reivindicado por mí".
"... todo acto que implique una especie de retrospectiva anticipada está como asumido de antemano. (F.C., p. 124).

"... el acto queda cualificado: es bueno o es malo. Cuanto más se aproxime a la indiferencia, tanto menos, en esta medida misma, es acto". (F.C., 125).

"... forma parte de la esencia del acto no poder ser constatado o aprehendido objetivamente; ... al objetivarlo tiendo a tratarlo como no acto". (F.C., p. 125).

Mientras el individuo permanece en una especie de zona neutra donde el sí y el no se confunden en lo indiferente, la persona afirma o niega. Ser persona es tender a reemplazar el gesto por el acto. Actuar implica de suyo comprometerse. El grado máximo de compromiso es la consagración.

El ser-persona implica por lo tanto una toma de posición, aunque más no sea interior.

Marcel visto desde nuestra perspectiva latinoamericana:

Con el profundo respeto sustentado en la admiración que nos merece el pensamiento de Gabriel Marcel, queremos destacar algunas consecuencias que nos parecen implicadas en él, y que saltan a la vista en cuanto lo analizamos desde una perspectiva latinoamericana.

I. En primer lugar, de aceptar la tajante distinción entre objeto y presencia que él propone, nos encontraríamos frente a una contradicción sin salida. En cuanto quisiéramos ubicar su encuentro en un ámbito que escapara al marco de la interioridad interpersonal, es decir, en cuanto lo ubicáramos en la dimensión real de la persona, que es la de ser-en-el-mundo y ser-con-otros, nos enfrentaríamos a esta disyuntiva:

a) por una parte tendríamos el encuentro personal que me permite descubrir al tú tal como es, con su mundo bueno o malo, pero suyo, inalienable, inobjetivable, misterio único e irrepetible al que no puedo clasificar ni juzgar sin destruir. En esta tendencia en definitiva el único fin es el tú y todo cuanto conlleva a su realización;

b) por otra parte, tendríamos al amor en cuanto manifestación de nuestro ser-con-otro; el amor como intento de plenificar a todo el hombre y a todos los hombres. Este intento conlleva a actuar para crear las condiciones que hagan posible esa plenificación. Es decir, es un hecho que en nuestra

sociedad actual no están dadas las condiciones para que todos los hombres puedan realmente crecer interiormente, sentirse personas y vivir como tales. Si soy auténtico, si soy fiel a mi ser-con-otro, no puedo pretender realizarme yo si al mismo tiempo no busco crear las posibilidades de realización para los otros. Si mi vida está centrada en esta creencia y si el fin que llena mi accionar es lo suficientemente grande, elevado y digno, yo podré entregarle mi vida sin retaceos. Al cumplirse la consagración de la que habla Marcel, toda mi vida tiende a adquirir la figura de un acto único.

Pero ocurre que en la acción cotidiana, de hecho me veré obligado no sólo a ofrendarle mi vida, sino en cierto modo también la de los otros. Es decir, cuando yo elijo, elijo para mí pero también para los demás. En este caso que comentamos, los otros ya no contarán para mí sólo como individualidades a las que puedo descubrir en el encuentro interpersonal, sino que tendré que juzgar la efectividad de su hacer, me veré obligado a verlo un poco como quien se enfrenta a un objeto, lo analiza y lo valora. Estaré allí negando su ser? Estaré negando su libertad y convirtiéndolo en un problema desmenuzable, verificable? En definitiva, estaré desjerarquizándolo y cosificándolo?

Pensamos que hay que deslindar campos y matices, ya que la realidad humana, como el mismo Marcel lo destaca en múltiples oportunidades, es ambigua y contradictoria y por ende más rica. El hombre es el eterno equilibrista que debe moverse entre tensiones opuestas. Entendemos que no todo juicio es necesariamente objetivante. Hay un juicio valorativo nutrido en el amor, que no mutila la realidad del otro; que también es exigente en cuanto impele al otro a hacer realidad su ser de existencia, es decir de apertura y de compromiso con el mundo y con los otros. Hay un encuentro que se da en la acción y a través de ella cuando los miembros del grupo se sienten unidos por un fin común que los trasciende. Cada uno de ellos se siente responsable del comportamiento de los otros, en cuanto de ese actuar en común depende el éxito o el fracaso de aquello por lo cual luchan y a lo que han consagrado sus vidas.

Para eso deben estar en permanente estado de alerta en lo que se refiere a la persona del otro; y esa contemplación puede ser también promotora del otro-objetivado.(1). Es decir, pensamos que en este caso no lo cosifica; si bien no llega tal vez a la plena certidumbre de lo que el otro es, al considerarlo compañero en la marcha común hacia la conquista del más-ser, está implícitamente viéndolo en su condición de ente creador de la historia, actor responsable de la marcha de los acontecimientos y del rumbo del mundo, y le está exigiendo que dé todo lo que puede dar en su dimensión de hombre. Nos viene a la mente la extraordinaria hondura de las palabras de Saint-Exupéry:

"Ser hombre ... es sentir, posando uno su piedra, que se contribuye a construir el mundo".

"Sólo cuando estamos ligados a nuestros hermanos por un fin co-

(1) Cfr. Lain Entralgo, P.: Teoría y Realidad del otro. Revista de Occidente.

mún y que se sitúa fuera de nosotros, sólo entonces respiramos, y la experiencia nos muestra que amar no es mirarnos el uno al otro sino mirar juntos en la misma dirección". (1)

En las palabras simples de este extraordinario escritor está el núcleo de la limitación que creemos ver en Marcel y a la que apunta, pensamos, la alusión de Ricoeur cuando pregunta si no nos encontraríamos aquí con una filosofía de la vida interior y que en definitiva se evade, o bien que ella no encuentra el curso del mundo más que para valorizar las relaciones interpersonales. (2)

En definitiva el error, o más bien la limitación de Marcel, está en que a pesar de todo no supera el ámbito de lo individual. Se salva del solipsismo pero es para caer en una comunidad un poco limitada al encuentro personal; descubrimiento profundo e inestimablemente valioso, ya que ese encuentro es casi insustituible para conquistar el ser de persona, evidentemente. Pero hay una perspectiva que no ve demasiado Marcel y es la de comunidad. Si bien en algunos pasajes de su obra alude a una cierta correspondencia entre su pensamiento y la doctrina del Cuerpo Místico del cristianismo, entendemos que su comunidad sería más bien algo así como la ampliación del encuentro personal. Sin embargo la comunidad se da cuando hay comunión de objetivos y un actuar en común para construir el mundo.

II. Construir el mundo: otra dimensión que escapa al profundo análisis marceliano. Su mundo es estático. No hay demasiado por construir en él. A lo sumo, se hace necesario rescatar ciertas exigencias profundas que como corrientes subterráneas siguen existiendo aún en el hombre funcionalizado. No advierte Marcel que ese proceso de conquista hacia más-ser se puede dar también en la humanidad, pero para ello yo no puedo escapar al compromiso concreto de hacer para construir. Por eso su proceso de personalización no considera en absoluto algunas notas que nosotros entendemos de vital importancia y que han sido destacadas por otros pensadores, Teilhard de Chardin por ejemplo, pero están ausentes en cambio en Marcel.

Si atendemos a la noción de compromiso tal como la entiende Marcel, nos encontramos con que fundamentalmente parece consistir en la coincidencia del ser consigo mismo. Yo me comprometo en tanto que actúo, y actúo en la medida en que mi gesto y mi palabra coincida con mi pensar y mi sentir. Específicamente aclara Marcel que la noción de acto no se agota en el hacer. De acuerdo, no es suficiente que haya hacer para que haya acto, o sea, muchas de mis acciones pueden no ser realmente auténticas en el profundo sentido que asigna Marcel a la palabra acto. Pero, nos preguntamos: Es posible que haya compromiso sin hacer?

(1) Saint-Exupéry. Tierra de Hombres. Trad. de E.J. Paz. Bs.As., Troquel, 1968. 7a. ed., pp. 42 y 148.

(2) Ricoeur - Marcel. Entretiens. Paris, Aubier-Montaigne, 1969. p. 95.

Marcel distingue tajantemente entre lo que llama "compromiso fundamental" y "compromiso partidario" (1).

Nos preguntamos: no corremos con ello el riesgo de quedarnos en una pura reflexión egoísta que olvida este hecho fundamental: mi realización no puede darse al margen de mi actuar, de un actuar que tienda a posibilitar para los otros su propia realización como personas? Es decir, es menester que nos ubiquemos en la circunstancia concreta, en el aquí y ahora. Lo contrario nos conduce a un compromiso abstracto, en última instancia demasiado universal y vacío.

Si yo soy en verdad un ser-con-otro no puedo desentenderme de ellos y realizarme igualmente; si a mi alrededor no se dan las circunstancias concretas que posibilitan a todos los hombres el derecho de ser personas, y evidentemente no se dan en nuestra circunstancia latinoamericana donde existe un estado de violencia institucionalizada, no tengo derecho a pensar que estoy en el camino hacia mi realización; no puedo sentir que la estoy buscando si al mismo tiempo no estoy preocupado por la de mis hermanos marginados y oprimidos. Y puedo preocuparme sin hacer algo concretamente para lograr que esas condiciones dejen de ser palabras para convertirse en realidades? Puedo realizarme solo?

La respuesta que da Marcel a esto es: No, sólo en el enriquecimiento que surge de la comunión con el tú, entendiendo a éste ya sea como el mundo que se me hace presente, o el diálogo personal con el otro despojado de su máscara cotidiana, o bien el encuentro hecho plégaría en el diálogo con el Tú absoluto.

Pese a todo lo hermoso que Marcel ha descubierto en lo humano, su compromiso se ha diluido, se ha quedado rezagado en un plano intelectual. Cuando Marcel reniega tan tajantemente del hacer e insiste en que la idea de acto no tiene que ser vista en relación con la de revolución (2), en última instancia está abogando por un compromiso individual, por un absoluto coincidir del hombre consigo mismo, por un desentenderse de la marcha del mundo, por un no sentirse responsable, más que en forma teórica y abstracta, del curso que tomen los acontecimientos.

Entendemos que le faltó la perspectiva de un universo dinámico, en vías de formación, un universo que yo tengo que ayudar a construir. Tuvo la intuición extraordinaria de que al ser sólo podemos aproximarnos a través de experiencias concretas, pero en el fondo no valoró demasiado la experiencia cotidiana del elegir minuto a minuto en el que yo me voy creando. Tampoco vio en toda su amplitud el hecho de que mi elección siempre condiciona de alguna manera la de los demás. Por eso pudo permitirse prescindir del compromiso político y del hacer concreto.

En el fondo, la actitud de Marcel es la propia del intelectual burgués. Advierte lúcidamente cuáles son las presiones que padece hoy el hombre, presiones que contribuyen a cosificarlo, a funcionalizarlo, pero a l

(1) Ricoeur - Marcel. Op. Cit. pp. 107-108.

(2) Cfr. Marcel, G.: Filosofía Concreta. p. 121.

mismo tiempo se resiste -o no advierte su posibilidad- ante el cambio. No logra superar el dualismo que separa las dos dimensiones humanas: el saber y el hacer, que desde Platón parece ser una de las características de la mentalidad occidental. Su rechazo hacia las masas es otro indicador de esa misma actitud. Marcel elabora su pensamiento desde el "centro" de la civilización y de la cultura, desde el contexto de una mentalidad burguesa y desde un trasfondo de herencia dualista que no logra superar del todo. Por eso no puede entender dos cuestiones que para los pueblos de la "periferia" (tercer mundo) resultan fundamentales:

a) la posibilidad de continuar la obra de creación, de ser el hombre co-creador de un mundo nuevo sin estructuras de dependencia ni de opresión, cosa que no puede lograrse mediante la sola conversión interior, sino haciendo carne este otro pensamiento:

b) hoy, mi prójimo no puede ser sólo el tú individual a quien busco a través del encuentro interpersonal; hoy, a mi prójimo debo buscarlo en las masas marginadas (1) insertándome en ellas sin temor de despersonalizarme, para buscar junto con ellas -y desde ellas- los caminos hacia la liberación.

(1) Cfr. Chenu: Las masas, mi prójimo. (En: Gauthier, P.: Evangelio de la Justicia y los pobres).